

LA MÚSICA DE PLATÓN

Nieva. Y hace mucho frío. A veces, la ciudad se ve envuelta en una niebla densa. Es un infierno de invierno. Los colores han desaparecido de las calles y todo es como una película en blanco y negro. Cerca de la catedral vive, solo, Selenio. Desde que se jubiló, pasa largas temporadas en León. Él nació aquí, Va y viene. León, Madrid; Madrid, León. Da igual donde esté: en ningún lugar se encuentra bien. Pasa las horas como un zombi, simulando que sobrevive. Sin embargo, hace tiempo que dejó de existir. Ahora sólo recuerda.

Selenio, el zombi.

Elías nunca hubiera imaginado que se enfrentaría a algo tan terrible. Cuando preparaba las oposiciones para bombero, sus amigos siempre se lo decían, mitad en broma, mitad en serio: “Es un trabajo arriesgado y duro: tendrás que ver horrores”. Él, después de trabajar en un Vip’s, en el Corte Inglés, y de probar como comercial en una empresa de teléfonos móviles, se había decidido por algo definitivo, un empleo de la administración. Lo de sacar muertos carbonizados o destrozados del interior de un coche se convirtió, con el tiempo, en rutina. Pero lo que presencié aquella mañana maldita no lo olvidaría jamás. Su pituitaria se impregnó para siempre de los olores de la carne quemada, de los hierros incandescentes y de la diabólica dinamita; en su retina permanecerían de por vida las imágenes de cabezas aplastadas, miembros sanguinolentos y retazos de casquería.

Aunque lo peor fueron los sonidos.

Elías, el bombero.

Sentado en el sofá, ve el televisor. Aparta un momento la vista y observa, con cara de resignación, los platos sucios con restos de comida sobre la mesa. Todo está manga por hombro desde un tiempo a esta parte. Le da igual. Ha puesto la cinta de vídeo que mira una y otra vez. Con sumo esfuerzo, logró juntar una hora de duración. Retales que pidió a sobrinos, primos, amigos, conocidos. Y con los que hizo un refrito en los que aparecía ella. Videos de bodas –preferentemente-, comuniones y bautizos. Apenas una hora que habrá visto más de mil veces. Es la única manera que tiene de traer a Carmen a la vida. Las fotos también las mira, pero en ellas Carmen no se mueve.

Selenio se conoce la cinta de memoria. De nuevo, se anticipa al gesto que pone Carmen mientras la enfocan en la mesa de invitados en la boda de su primo Ciriaco. Selenio abre los ojos desmesuradamente, arquea las cejas y dice al mismo tiempo:

-Uy, si me están sacado por la tele.

El zombi no se ha dado cuenta de que él también ha puesto la misma expresión de sorpresa de Carmen y que ha vuelto a decir su misma frase, en voz queda.

Sonidos que le atravesarán los tímpanos día tras día.

Llantos entrecortados. Quejidos hirientes. Silencios. Voces. Sirenas. Hélices de helicópteros.

Y móviles. Sonaban esos malditos cacharros por todos lados. Insistentemente. Apenas descansaban durante unos segundos y vuelta a empezar. Melodías diversas, algunas pachangueras, otras bellas, todas metálicas.

El bombero no soportaba esa sinfonía macabra. Compulsivamente, los buscaba por todos lados y los desconectaba, sabiendo que al otro lado alguien también se moría un poco más.

El zombi se abriga y sale a la calle. Va forrado: tres cuartos, guantes, gorro y bufanda. La nieve ha cuajado. Ya hay por las aceras una pequeña capa, casi virgen, en la que sus zapatos se marcan al andar. Es una sensación agradable pisarla y escuchar el crujido, como si millones de seres microscópicos gritaran a la vez al ser aplastados. Va sin rumbo; el caso es andar un poco y dejar pasar el tiempo. Casi sin darse cuenta ha llegado hasta la catedral. Apenas se detiene a admirarla y sigue su camino, embutido en el abrigo, las manos en los bolsillos, ligeramente encorvado, vencido. Se acerca al Barrio Húmedo. Todavía no hay mucha gente. Los bares están vacíos; algunos ni siquiera han abierto. En éste de ahí ponen de aperitivo sopas de ajo. No lo piensa mucho y pasa adentro. Necesita entrar en calor y las sopas le sentarán de maravilla.

De uno de los móviles provenía una musiquilla hermosa. El bombero creyó que los había desconectado todos cuando surgió esa melodía que le era conocida, que había escuchado en algún lugar. Es de una película, se dijo, mientras intentaba encontrar el teléfono. La música era trágica, como el escenario en el que sonaba. Tras unos segundos de búsqueda en el vagón, consiguió encontrarlo. La mujer lo tenía guardado en el bolso. La mujer no tenía cabeza. Estaba aún sentada, inclinada levemente hacia la ventanilla hecha añicos. El bolso le seguía colgando del hombro que permanecía, milagrosamente, entero. Las manos, casi intactas, desvelaban que se trataba de una joven. El bombero abrió el bolso y cogió el móvil. Antes de desconectarlo, recordó vagamente la película en donde sonaba esa música.

Las sopas de ajo, en efecto, son reconfortantes. Enseguida nota el calor en el cuerpo que le nace del estómago. No hay nadie en el bar, acaban de abrir. El dueño es un hombre grueso, con bigote a lo Stalin. Es simpático, ha intentado entablar conversación. Pero el zombi no está para esas cosas y lo ha cortado de inmediato. De pronto escucha algo que le pone la piel de gallina. Proviene del exterior, se oye con dificultad porque la puerta del bar está cerrada. Duda y aguza el oído. Tal vez haya por aquí algún aparato de radio. Mira a todos los lados, pero no lo encuentra. El televisor está apagado. Pero la música cada vez se hace más nítida. Y más familiar. Se acerca a la puerta y la abre. El dueño del bar lo mira con cara de desaprobación, el frío se cuela con rapidez. El zombi se ha asegurado de que viene de la calle, de algún sitio cercano. Paga y se marcha con apremio.

Era una película de guerra. En ella, esa música se extendía como una sombra funesta, un manto sonoro bellísimo que envolvía aquella tragedia clásica: hombres que matan a hombres. Como siempre. Algunas imágenes le vienen a la mente, igual que relámpagos. Apenas se acuerda de la trama, de los actores. Cree que era del Vietnam, pero no está seguro. Elías recuerda, con dificultad, secuencias en la jungla. También, a uno de los actores, William Dafoe. Sin embargo, la música es lo que permanece de una forma más vívida en su memoria. Aquella melodía ahora enlatada en un móvil súbitamente huérfano.

Selenio, el zombi, siente el zarpazo del frío intenso al salir del bar. Camina deprisa, acuciado por la curiosidad. No sabe qué calle tomar. La melodía se escucha con diferente intensidad y eso lo despista. No sabe si se acerca o se aleja de ella. Pero, al tomar la calle de la Rúa, el sonido se incrementa y Selenio sonrío porque alberga esperanzas de que ahora sí esté en el camino bueno.

Y, mientras se acerca, recuerda cómo su hija y él salieron aquel sábado lluvioso del cine, después de haber visto Platoon. Madrid estaba triste; era uno de esos días plomizos, cenicientos de tanto llorar, que muchas veces envuelven la capital en invierno. Desde que la madre de Carmen había muerto, algunos años atrás, la chiquilla se había refugiado en su padre. Y su padre en ella. La fatalidad les unió intensamente para sobrevivir. Selenio mimaba a su hija con exceso. Todos los viernes iban al cine. Después, cenaban en un restaurante gallego que había en la calle de Leganitos, mientras comentaban la película. Selenio percibía con estoicismo que su hija crecía, que pronto lo dejaría. Por entonces, estudiaba COU en un colegio que estaba cerca de casa. De todas las asignaturas, la que más le gustaba era la de Historia de la Filosofía. Y, de entre todos los filósofos que estudiaba, Platón. Por eso, Carmen siempre se refirió a aquella película como Platón –y no Platoon-, y a su música, como la música de Platón.

El bombero tuvo unos días de permiso. Se los había ganado, después de trabajar aquel maldito fin de semana a destajo. En casa, apenas hablaba. Apenas comía. Dormir, no dormía; era simplemente un duermevela en el que sus impresionadas neuronas le hacía revivir lo que había sucedido. Una tortura.

Una tarde buscó en Internet películas sobre Vietnam. La Biblioteca Universal que soñó Borges, ahora llamada Google, le mostró miles de enlaces. Al poco dio con lo que quería. La película era Platoon. Ahí estaba la ficha técnica, con los actores, la nacionalidad, la productora, el director. Y la banda sonora. De entre todas las melodías, había una especial. Las demás eran del montón. En efecto, tal profusión de cuerdas vibrando al unísono producía una belleza casi insultante. No paró hasta que supo más sobre el compositor y su obra maestra. Compró el disco y, con los cascos puestos, se pasaba las horas escuchándolo y tatarando a la vez, en voz alta, mientras simulaba dirigir una orquesta con un bolígrafo en la mano derecha. A menudo, lloraba de emoción: se acordaba de la joven sin cabeza.

Por fin la encuentra. Estaba al lado del bar, al doblar la esquina, pero tomó la dirección equivocada. Son músicos venidos del Este, sin duda. Tal vez búlgaros o checos o rusos, quién sabe. Tres hombres y una mujer. Ésta toca la viola, uno de los hombres el violonchelo y los otros dos, violines. Tienen la funda abierta del violonchelo para recoger el dinero. Se ha formado un corro de gente alrededor, escuchando en respetuoso silencio. El cuarteto está interpretando una adaptación del Adagio para cuerdas de Samuel Barber, según consta en el encabezamiento de las partituras que tienen desplegadas en los atriles. Al poco de llegar Selenio, terminan y la gente les aplaude. Algunos depositan monedas, todos siguen su camino. El cuarteto sonrío y agradece los aplausos con reverencias. Selenio se queda mirándolos un rato, con gesto de contrariedad. Parece que van a tocar otra pieza, pues comienzan a guardar las partituras del Adagio.

-No- exclama Selenio.

Los cuatro músicos lo miran desconcertados.

-Tocadla de nuevo, por favor.

-¿El Adagio de Barber? –le pregunta la mujer, que parece que sabe hablar bien español, pues apenas tiene acento extranjero.

-Sí, sí, la música de Platón –la mujer pone cara de no saber de qué está hablando-. Sí, la música que acabáis de tocar – le aclara.

La mujer habla en voz baja con sus compañeros, tal vez en búlgaro o en checo o en ruso, quién sabe. Selenio ve, con disgusto, que los hombres mueven negativamente la cabeza. Entonces, saca un billete de veinte euros y lo pone en el platito.

-Por favor, tocadla.

Los músicos, ante ese generoso donativo, vuelven a desplegar las partituras del Adagio, con amplias sonrisas y gestos de agradecimiento. Total, veinte euros no los ganan en muchas tardes.

Y comienzan a sonar las primeras notas.

Quiso pasar el fin de año fuera de Madrid. Un amigo lo invitó a que fuera a su casa. Su amigo –de la mili- vivía en León. Elías, el bombero, quería escapar de su ciudad, sentir otro ambiente, pasear por otras calles, respirar otro aire. Las terapias con psicólogos y psiquiatras no lo habían ayudado demasiado. Además, su mujer lo había abandonado. Llevaba más de seis meses de baja. Una noche en que su amigo trabajaba fue a dar un paseo después de cenar. Hacía mucho frío y se abrigó a conciencia. Algunas calles estaban ya cubiertas por una capa de nieve, era preciso tener cuidado para no caerse. Desde que llegó, apenas había tenido tiempo de hacer turismo por León. Su anfitrión se había empeñado en llevarlo de excursión por la provincia y casi no le había mostrado la capital. Esa noche se fue al Casco Antiguo y volvió a recorrer –esta vez contemplándolo todo con más minuciosidad- sus encantadoras callejuelas y monumentos centenarios.

Pero una música familiar que escuchó levemente lo sacó de su ensimismamiento.

Selenio, el zombi, se ha marchado con el paso vivo. Pasa delante de la catedral y, sin saber por qué, se detiene frente a la fachada norte. Se celebra una misa en el interior del templo. El zombi pasa la verja pero da un rodeo y se acerca a la fachada sur. Allí, movido por un inesperado interés, se queda un rato admirando la puerta de la izquierda. Una tristeza profunda lo embarga, el gesto delata su dolor infinito. Por un momento tiene la sensación de desvanecerse, como si alguna extraña y potente fuerza que surgiera de aquella puerta lo quisiera engullir. Una náusea intensa le nace del estómago y lo obliga a doblarse y vomitar. Al poco, se yergue; parece recuperado. La puerta izquierda de la fachada sur de la catedral de León lo sigue atrayendo, no deja de mirarla. Él no lo sabe, pero la llaman la puerta de la muerte. Tras unos minutos, se aleja con paso decidido, como si tuviera claro adónde dirigirse.

Descubrió a unos músicos que tocaban el Adagio de Barber. No se lo podía creer, que casualidad. Y a un anciano que los escuchaba con supremo deleite. Acababan de empezar, eran los primeros acordes de los que se derramaban por el frío espacio. El espectador estaba solo frente a ellos, embutido en su abrigo, las manos en los bolsillos, ligeramente encorvado. El bombero se acercó y se colocó cerca, algo escorado; también él quería disfrutar de aquel regalo que el destino le ofrecía. Miraba a los músicos, pero algo de aquel espectador viejo lo estremeció. Lo tenía casi en frente, podía ver la expresión tristísima de su rostro.

Cuando los músicos terminaron su bella interpretación, oyó que el anciano les musitaba un sincero “gracias” y, a continuación, observó cómo se alejaba de allí. El bombero lo siguió, sin dudar. A veces, tenía dificultad para no perderlo de vista, por lo de prisa que caminaba y por la multitud que se interponía en su camino. Al poco, el anciano se acercó a la catedral. El bombero pensó que iba a entrar en el interior –se oficiaba una misa-, pero el hombre dio un rodeo y fue a detenerse frente a la puerta izquierda de la fachada sur, la que tiene un relieve en el centro que representa un esqueleto con la guadaña. Allí estuvo un rato, arrobado. En un momento, pareció sentirse mal, incluso vomitó. El bombero estuvo a punto de salir de su escondite y

socorrerlo. Sin embargo, no hizo falta porque se restableció enseguida. Después se marchó, si cabe más aprisa que antes.

La estación de León tiene una atmósfera neblinosa, tal vez debido al permanente vaho que exhalan los viajeros, los que esperan, los que despiden, los trabajadores, los curiosos que pululan por los andenes. El frío, a medida que avanza la noche, es más cruel. Un pordiosero pide limosna, mientras toca un triste villancico con una flautilla mugrienta. En el andén número uno se espera el Talgo procedente de Madrid. Hay mucha gente esperándolo. Es Navidad y el tráfico ferroviario es más intenso.

Un hombre viejo se abre paso, despacio. Tras él, a corta distancia, lo sigue un hombre joven, fornido, se diría que es deportista. Los dos parecen cansados, como si llevaran tiempo caminando.

El andén cada vez está más repleto de gente, la llegada del Talgo es inminente y la ansiedad de los que aguardan va en aumento. Una voz femenina anuncia por megafonía que el tren está entrando en la estación. Hay muchas personas que miran a lo lejos, el corazón se les acelera.

Selenio, el zombi, está hipnotizado por el ojo único, deslumbrante, del ruidoso cíclope que ya se vislumbra. El bombero Elías está cautivado por la expresión que ha visto en el rostro del viejo, mientras los músicos del Este interpretaban el Adagio de Barber. Por eso lo ha seguido hasta aquí. Por eso lo sigue todavía por el andén. El cíclope se acerca, suena el silbato, advirtiendo de su poder mitológico. Cada vez más cerca. Los que aguardan, por un momento, miran a esos dos hombres que avanzan por el andén, uno tras del otro. No le dan mucha importancia y vuelven a lo suyo; sus seres queridos están ya ahí mismo.

Los dos hombres se han parado y se han mirado a los ojos.

El tren ha frenado, inesperadamente. Aún faltaban doscientos metros para llegar. Los que aguardan no entienden qué ha pasado. Miran a lo lejos y ven a un hombre de rodillas, que gesticula y grita. No saben qué es lo que pasa. Se inquietan y van hacia él. El tren está detenido. El maquinista sale de la locomotora, con las manos en la cabeza, los ojos desmesuradamente abiertos se encuentran con los llorosos del bombero que aún está de rodillas, la mano señalando las ruedas de los convoyes que sobre las vías han seccionado el cuerpo del viejo.

Ganador C. Literario 2006
Jesús Martínez Rodríguez